

Maragall y «Miramar» de Carducci. Reproducimos aquí la del catalán:

*La vaca ciega*

En los troncos topando de cabeza,  
hacia el agua avanzando vagarosa  
del todo sola va la vaca. Es ciega.  
De una pedrada harto certera un ojo  
le ha deshecho el boyero y en el otro  
se le ha puesto una tela: es vaca ciega.  
Va a abrevarse a la fuente a que solía  
mas no, cual otras veces, con firmeza,  
ni con sus compañeras, sino sola.  
Sus hermanas por lomas y encañadas  
por silencio de prados y riberas  
hacen sonar la esquila mientras pastan  
yerba fresca al azar, ella caería.  
Topa de morro en la gastada pila,  
afrentada se arredra, pero torna,  
dobla la frente al agua, y bebe en calma.  
Poco y casi sin sed; después levanta  
al cielo, enorme, la testud cornuda  
con gesto de tragedia, parpadea  
sobre las muertas niñas y se vuelve  
bajo el ardiente sol de lumbre huérfana,  
por sendas que no olvida vacilando,  
blandiendo en languidez la larga cola.

Otro ejemplo, no de traducción sino de adaptación o asimilación, lo encontramos comparando un famoso poema de Heine con otro de Unamuno incluido en su *Cancionero*, de publicación póstuma:

Heine:

Un abeto se eleva solitario  
en el norte en una árida cumbre

y dormita; con una blanca manta  
los hielos y la nieve lo recubren.

En sueños está viendo una palmera  
que en las lejanas tierras del oriente,  
sufriendo está en silencio, solitaria,  
en lo alto de un peñón de roca ardiente.

*Intermezzo lírico*, XXXIII, (trad. J. M.)

Unamuno:

*Durium-Duero-Douro*

En su Foz Oporto sueña  
con el Urbión altanero;  
Soria, en su sobremeseta,  
con la mar toda sendero.

*Cancionero*, 271 (12.7.28-21.4.30)

Otro autor del 98, don Ramón María del Valle-Inclán (Villanueva de Arosa 1866–Santiago de Compostela 1936), incorpora también a su poesía tonos verlenianos, aunque como traductor sólo consta que lo fuera de obras en prosa, como *La reliquia*, *El crimen del padre Amaro* y *El primo Basilio*, del portugués Eça de Queiroz; *La condesa de Romaní*, de Alejandro Dumas; *Las chicas del amigo Lefèvre* de Paul Alexis, del francés; y *Flor de pasión* de Matilde Serao, del italiano.

Y nos adentramos ya en la Generación del 27, ordenando a sus componentes cronológicamente en función del año en el que nos consta se publicaron las primeras traducciones de cada uno de ellos. Es muy reciente la edición del libro de Francisco Javier Díez de Revenga *Las traducciones del 27. Estudio y antología* (Sevilla, Fundación José Manuel Lara, septiembre 2007), indispensable para quien quiera acercarse a este tema, y lo hemos utilizado con profusión, aunque completándolo con aportaciones propias en los pocos casos en que nos ha parecido necesario hacerlo.

Empezaremos por Pedro Salinas (Madrid, 27.11.1891–Boston, 4.12.1951). Salinas sólo realizó, que sepamos, algunas traducciones de poemas franceses en la antología *La poesía francesa moderna*, preparada por Enrique Díez-Canedo y Fernando Fortún (Madrid, Renacimiento, 1913). Traduce en ella poemas de Albert Samain, Henri de Régnier, Charles Guérin, Léo Lagnier y Émile Despax. Pueden encontrarse estas versiones en sus *Poesías completas*, a partir de la edición de Barral Editores (Barcelona, 1971). Son traducciones rimadas. Un ejemplo:

Albert Samain, *Myrtilo y Palemona*

Myrtilo y Palemona, los niños preferidos  
por los pastores, juegan en los prados floridos  
y ante sus correrías y ante sus arrebatos  
huye toda la fila solemne de los patos.  
Como gana Myrtilo el laurel en el juego,  
a Palemona estrecha en sus brazos de fuego.  
Pero tiembla al sentir tras la tela escondidas  
palpitar unas cálidas formas desconocidas.  
Y como un dulce fruto entre sus dedos rudos  
brotan bellos y núbiles los dos senos desnudos.  
Cesa el juego; su pecho un gran misterio siente  
y acaricia, acaricia los senos dulcemente.

Posteriormente, Salinas tradujo, ya en prosa, los dos primeros tomos y parte del tercero de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust (1920-1922-1931), y algún poema de Jules Supervielle en el libro *Bosque sin horas*, de elaboración colectiva, en 1932, del que luego hablaremos.

Gerardo Diego (Santander 1896–Madrid 1987) publicó en 1960 en la madrileña editorial Ágora un libro titulado *Tántalo. Versiones poéticas (1919-1959)*. Más tarde, en sus *Poesías completas*, que el poeta dejó preparadas y que aparecieron tras su muerte, en 1989, se recogieron otras traducciones posteriores, que llegaban hasta el año 75.

Gerardo tradujo de siete idiomas: italiano (Petrarca, Rebora, Sbarbaro), francés (Valéry, Claudel, Supervielle, Vandercammen

y, sobre todo, su amigo el bilbaino Juan Larrea, al que le dio por pasarse al francés como lengua poética), inglés (sonetos de *El peregrino apasionado*), alemán («Leda», un soneto de Rilke), portugués (Pessoa, Eugénio de Castro, Virginia Victorino y Carlos Queiroz), gallego (Rosalía) y catalán (Verdaguer y Carner).

Y escribió interesantes reflexiones sobre la labor del traductor. Por ejemplo ésta: «La tentación tantálica suele acometer a los poetas en su primera juventud [recordemos que puso el título de *Tántalo* a sus traducciones], porque supone una entrada a los misterios de la técnica poética y a la conquista estrófica y versificadora, con cuyo ejercicio se puede progresar en la poesía cuando no hay inspiración directa creadora. Otro tanto le sucede al poeta en sus últimas etapas si al creador le asalta la fatiga inventora, a cambio de una mayor conciencia y experiencia. En cualquiera de las dos hipótesis, no será auténtico traductor si no logra ser a la vez dos poetas, el mismo y el diferente. Dos que sean uno solo. He aquí la nobleza del oficio en su más alta y ardua dignidad vencedora.»

Respecto a la variedad de lenguas de las que se ha atrevido a traducir, como muchos otros poetas, confiesa: «No presumo de conocer bien ningún idioma, ni siquiera el castellano. Sin embargo, me he atrevido a lo largo de mi vida a intentar versiones poéticas de hasta siete lenguas distintas, ayudándome en los casos en que mi conocimiento era más imperfecto, de otras versiones preexistentes a lenguas mejor conocidas por mí, y asegurándome con consultas de mi trabajo a personas que dominasen esas lenguas y que a la vez tuviesen sensibilidad de poetas.»

Y finalmente, explicando la elección de su título: «El título *Tántalo* me parece expresivo del suplicio de la traducción de poesía en verso. Parece que vamos a tocar con las manos, que ya está apesada, que ya está, y resulta que se nos aleja y nos burla... La dificultad es más tantálica cuanto la lengua sea más próxima. El gallego o el portugués torturan más que el francés o que el italiano, y cuando ya se sale del círculo de las lenguas romances, el camino es completamente inverso.»

Veamos algunos ejemplos de la labor traductora de Gerardo Diego.

El soneto CXXIII de Petrarca, manteniendo las rimas:

Cuando el lugar preciso, el vivo instante  
en que a mí mismo me perdí, y el nudo  
con que Amor de su mano atarme pudo  
se me presentan en visión punzante,

todo yo soy ardor centelleante  
y de suaves espíritus el mudo  
vuelo escucho y aliento en su desnudo  
respirar. De ellos sólo vivo, errante.

Aquel Sol que a mis ojos solo esplende  
prende sus vagos rayos en mi yesca  
cual si la tarde aún fuera la mañana.

Y tal de lejos con su luz me enciende  
que la memoria mía siempre fresca  
aquella única hora me devana.

La estrofa inicial de *El cementerio marino* de Valéry, traducido también en verso medido y rimado, y conservando el mismo modelo estrófico del poeta francés:

Este techo –palomas y caminos–  
entre tumbas palpita y entre pinos  
Filo del mediodía, arde la amarga  
mar, la mar, siempre recién renacida.  
¡Premio al pensar: cómo después mi vida  
calma en los dioses su mirada larga!

Y un poema de Clemente María Rebora (1885-1957) como homenaje personal mío a este autor, tan poco conocido en España, ya que tengo el honor de haber recibido hace un par de años en Melegnano, junto a Milán, el premio de poesía que lleva su nombre.

## *Campana de Lombardía*

Campana de Lombardía,  
voz tan suya, voz tan mía,  
voces voces que yo oía  
y no dan melancolía.  
No sé qué cosa sería,  
si callando o resonando  
viene confianza hacia el cielo  
de curar el desconsuelo,  
si en el pecho hay melodía  
que pregunta y que responde.  
Si en panojas la armonía  
esplendiendo son a son  
transfúndese en granazón,  
voz a voz, voces que oía  
y no dan melancolía.

Dámaso Alonso (Madrid 1898–1990). Su primera traducción, en prosa, es la de *El artista adolescente (Retrato)* de James Joyce (traducción de *A Portrait of the Artist as a Young Man* firmada como Alfonso Donado). Madrid, Biblioteca Nueva, 1926, que ha sido reeditada después en numerosas ocasiones. También fue de un libro en prosa su segunda traducción conocida, la biografía de *María Antonieta* por Hilaire Belloc, publicada en 1933. Pero al final de su vida, en 1989, su mujer, Eulalia Galvarriato publicó en Málaga, en las Publicaciones de la Librería Anticuaria El Guadalhorce, con una Nota de Ángel Caffarena, su *Versión castellana de un poema de Hugo von Hofmannstahl* fechada en 1922 y encontrada entre las páginas del libro que contenía los *Poemas (Gedichte)* del poeta austriaco. Ahí explica Eulalia que Dámaso le decía muchos veces: «Nadie se ha dado cuenta de que quien me ha influido a mí, ha sido Hofmannstahl». Es una prueba de que Dámaso traducía poemas desde muy temprano, aunque no los publicara.

Pero hay que esperar a 1946 para encontrar versiones poéticas tuyas publicadas, de las que las primeras son dos textos de T. S. Eliot incluidos en un librito de *Poemas* de ese autor publicado en